DISCURSOS

PRONUNCIADOS EL DIA 19 DE DICIEMBRE DE 1858,

al ser legalmente constituida

LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL,
1858.

2.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EL DIA 19 DE DICIEMBRE DE 1858,

al ser legalmente constituida

LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL.
1858.

DISCURSO

DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CORVERA,

MINISTRO DE FOMENTO.

Señores:

Grato es contemplar el cuadro que presenta la civilizacion europea: el hombre enseñoreándose cada vez mas de la naturaleza, halla en todos los elementos que la componen esclavos que satisfagan sus deseos; dueño del vapor y de la electricidad, ha hecho que labren los productos mas ricos de la industria, que recorran con rapidez maravillosa las distancias y lleven instantáneamente su pensamiento y su palabra á todos los ámbitos del mundo. Cuando observamos la multiplicidad de relaciones que auxiliado por tan portentosos medios mantiene entre sus semejantes, el carácter cada vez mas noble de estas mismas relaciones, el inagotable deseo de perfeccion que le anima; la confianza que tiene en su fuerza y la conciencia que siente de su dignidad, no podemos menos de bendecir á Dios que nos destinó á cumplir en este siglo nuestra peregrinacion sobre la tierra. Lejos de obrar así, la generacion á que pertenecemos, como si hubiera comprado sus conquistas á costa de las esperanzas que mas allá del sepulcro ofrecen las creencias religiosas, se siente agitada por una fiebre, una inquietud, una insaciable sed de goces, un afan de mejoras en su existencia moral y material de que no ofrece ejemplo ningun otro período de la historia.

Esta excitacion, este violento modo de ser, este profundo desasosiego la empujan en pos de todas las ideas que le brindan alguna probabilidad de progreso, cualquier adelanto en el camino de la civilizacion. Mas ¡ay! que falta de una luz que la guie, abraza con el mismo ardor que la verdad la primera sombra que forja su fantasía, y si acoje alguna vez con entusiasmo los consejos del sábio, se deja deslumbrar otras muchas por las seducciones del malvado ó por los sueños del delirante, á quienes basta proclamarse inventores de una doctrina nueva para que se presenten á los ojos del vulgo rodeados de cierta aureola de grandeza y de superioridad.

En esta grave crísis de la vida social, los pueblos han menester las amonestaciones de una voz amiga que les inspire sobriedad y templanza, de una autoridad de reconocida inteligencia que, empleando su poderosa fuerza sobre los espíritus, les haga distinguir la verdad del error, la sabiduría de la presuntuosa vanidad, la virtud del crímen, el camino de la dicha, de los senderos de perdicion.

Pero esa voz bastante fuerte para hacerse oir en medio del estrépito mas agitado del mundo, no puede personificarse ya como en los pasados tiempos en la palabra de un maestro, porque repugna hoy la razon individual someterse á otra razon de su misma naturaleza, y porque los extensos límites que abarcan las ciencias, estableciendo como una necesidad la division del trabajo y el espíritu de asociacion, haciendo casi imposibles las personalidades eminentes,—han demostrado que las empresas difíciles, que las mayores grandezas no son debidas á los talentos ó virtudes individuales sino al mejor desarrollo dado á la primera de las cualidades humanas, á la sociabilidad.

Esta verdad, de que son testigos los trabajos de gigantes, que forman la gloria de nuestro siglo, enseñándonos que las fuerzas para ser poderosas han de ser colectivas, y que los

hombres necesitan ayudarse mútuamente para realizar los fines de su existencia, nos hace ver que la fuerza moral que, influyendo en las inteligencias, ha de dirigir la libertad del espíritu, solo puede encarnarse en una asociacion. ¿Y cuál será esta si no la que formen los llamados á ejercer el poder mas natural y grande que se conoce entre los hombres, el que conquistan por la persuasion los talentos, el saber, el mérito reconocido, consiguiendo del mundo una obediencia que ennoblece tanto al que la presta, como al que la obtiene sin exigirla?

Ved por qué, señores, venimos hoy en cumplimiento de la ley á constituir la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

El noble deseo de evitar los males que pudieran originar á la patria errores funestos, ha inspirado su fundacion al ánimo previsor de nuestra ilustrada Reina, que sabe es el mayor realce de la majestad el honor que se tributa á los sábios, y ha aprendido en el ejemplo de sus gloriosos progenitores, cuán eficaz medio es para combatir cualquier extravío de la razon humana, crear cuerpos permanentes que, reuniendo en un centro comun los esfuerzos de las mas poderosas inteligencias, extiendan la luz de las sábias doctrinas, y extirpando las semillas perniciosas cultiven en el vasto campo de las ideas las máximas saludables.

Tan cercanos están los bienes y los males en la humana vida, que al siglo de oro de nuestra literatura sucedió inmediatamente la época de su rápida decadencia, en que pareció próxima á naufragar con todos los principios del buen gusto hasta la misma habla castellana. Entonces los oradores y poetas concibieron el intento vano de buscar en lo peregrino de la expresion y en la sutileza del concepto, la sublimidad que tan fácilmente hallaban en la natural sencillez el modesto Leon y el claro é inimitable Cervantes; los artistas presumieron habria de producir su fantasía colores mas bellos

y contornos mas regulares que los que presenta la naturaleza; y unos y otros, hollando toda clase de reglas y negando el respeto debido á los modelos sublimes de la venerable antigüedad, creyeron, segun la valiente expresion de Jovellanos, que la fuerza sola de su genio les podria levantar hasta la esfera adonde se habian remontado sus deseos.

El buen propósito de poner término á semejantes extravíos creó nuestras Academias, cuyo establecimiento, reclamado hace tres siglos por un hombre á quien dieron celebridad sus infortunios, el perseguido ministro de Felipe II, no se cumplió hasta que viniendo á regir los destinos de España la dinastía de Borbon, hizo florecer en nuestro país las útiles instituciones con que el profundo talento de Richelieu habia dotado al suyo.

Cómo han correspondido al objeto de su fundacion, lo demostraria, señores, la pintura, que no quiero bosquejar porque todos la conoceis, de lo que les deben la hermosa lengua castellana depurada, por sus esfuerzos, de las extravagancias de los conceptistas; la geografía y la historia de nuestra patria, alumbradas por la luz de una sana crítica; la regeneracion que con tanto gozo notamos en las artes, y la aficion despertada últimamente en nuestra juventud á cultivar las ciencias de la naturaleza, que son las mas poderosas auxiliares del hombre en el presente siglo, y las que constituyen su principal superioridad sobre las pasadas generaciones.

Grave y de fecundísimos resultados, es el cometido de la Academia llamada hoy á presidir en nuestra patria las ciencias morales y políticas, cuyos estudios abrazan los árduos problemas sociales que, agitando poderosamente al mundo, preocupan á los sábios, conmueven á los pueblos, alarman á los gobiernos y sirven de constante pretexto á la despiadada ambicion.

Estos problemas, que así se presentan en el tranquilo

recinto de las escuelas como armados de guerra en las plazas públicas, exigen para su estudio el criterio que dan una educacion científica y práctica, una ménte no turbada por las tormentas de las pasiones, una alma, en fin, en quien la costumbre de raciocinar haya avivado la lúz del entendimiento, y el hábito de las virtudes haya sometido bastante la voluntad, para apartarla así de los delirios como de las ambiciones que la extravían, y hacerla sentir la clara y sencilla voz de la verdad y de la conciencia.

Pero este sano criterio es á véces reemplazado por él que nace de la malhadada union de las doctrinas con miserables intereses para producir soluciones que se convierten en lágrimas, ó sustituido por el apasionado fanatismo de las escuelas que, partiendo de extremos opuestos, igualmente distantes de la verdad, pretenden someterlo todo á sus exageradas apreciaciones.

Los pueblos antiguos fijaban la edad de oro en lo pasado; los modernos, en su afan de perfeccion y de progreso, la buscan llenos de esperanzas en lo porvenir. Y aunque ambos pensamientos tienen una admirable exactitud si se considera que la vida de la humanidad es la imágen de la vida del hombre, y en esta, como ha dicho un poeta, la infancia y la vejez están muy cerca de Dios,—el predominio de cualquiera de las dos ideas ocasiona muy graves errores y suele producir funestas consecuencias en su aplicacion á la olvidada actualidad.

No es tan rica la civilizacion moderna que no podamos encontrar en lo pasado prodigios que nos admiren; no son tan grandes nuestros adelantamientos materiales que no nos parezcan sorprendentes las obras gigantescas de las generaciones que nos precedieron, los jardines colgados de Babilonia, los lagos que fecundaban todo un reino; no hemos perfeccionado tanto las artes que no debamos copiar en las estátuas de Fidias las formas sublimes de la belleza; y fuera locura no buscar las

mas ricas inspiraciones de la poesía en las obras divinas de Moisés y en los poemas admirables de Homero y de Virgilio. Pero los monumentos de los pasados siglos que afrentan la soberbia de la edad presente, no los destina la Providencia al inmóvil anonadamiento del génio moderno, ni mucho menos los conserva para que, dando nuevas formas al orgullo, destruya desesperado las obras que á su vez ha producido, sino que los guarda para que le sirvan de estímulo y de guia en la perfeccion que ambiciona.

Del mismo modo, las dichas de que gozaron los hombres que nos han precedido no deben conducirnos á los excesos de un tradicionalismo que condene á la nulidad la razon humana, ó destruya todas sus conquistas; sino enseñarnos á salvar los destinos de la sociedad á que pertenecemos, imitando las virtudes de nuestros mayores, la fuerza de sus sentimientos morales y religiosos, su respeto á lo pasado y la tranquila confianza con que puesta la esperanza en el cielo, marchaban con paso seguro en el camino de la vida.

El vivo deseo, la grande agitacion que hoy aqueja á la humanidad por penetrar en lo porvenir, revela el hecho á la vez triste y consolador de que en su modo de ser hay problemas sociales, que presentando un antagonismo fatal, de muy difícil solucion, así la amenazan con terribles catástrofes, como le ofrecen dias de ventura. Pero aunque este anhelo es fecundo en adelantamientos y encierra el gérmen de grandes bienes, produce tambien males inmensos empeñando á los pueblos en ensayos peligrosos, y haciéndoles sacrificar á un pensamiento de progreso vago é incierto los beneficios de la paz y la grande enseñanza que pudieran encontrar en las tradiciones de sus mayores. Siempre merecerán el anatema de los hombres de juicio ilustrado y recto corazon esas doctrinas terribles que, amenazándonos con el furor de las revoluciones, pretendan reformar la sociedad, y comienzen desgarrando su seno para consultar nuevos arúspices el destino en las entrañas palpitantes.

Las teorías irrealizables son sueños estériles que nos hacen daño, como los que embriagan la imaginacion en los primeros dias de la juventud; y las que sin serlo quieren ensayarse fuera de tiempo, son como las avenidas causadas por las tormentas, que cuando no hallan bien dispuesto el suelo que ha de recibirlas, le arrancan y llevan furiosas en pos de sí, en vez de depositar en su seno el limo fecundo, elemento precioso de fertilidad y de vida.

La perfeccion del hombre consiste en el desarrollo sucesivo de todas sus facultades: si se las comprime ó las gasta en una juventud precoz, no llegará nunca á la plenitud de la vida. Imágen suya la sociedad, no puede condenarse á permanecer inmóvil en la sucesion de los siglos, ni tiene el derecho de acelerar imprudente sus futuros destinos; sino el deber de procurar, secundando las leyes de su naturaleza, todos los adelantamientos que enlazando lo presente con lo pasado, aseguren lo porvenir y asemejen su existencia á la de esos árboles de profundas raices cuyas frondosas ramas se pueden levantar al cielo sin temer á los furiosos huracanes.

Esta doctrina que nos obliga á contener las mas halagüeñas aspiraciones para realizar el bien, exije esfuerzos y sacrificios; pero, ¿qué es la vida mas que un constante sacrificio? ¿Cómo consigue el hombre la gloria, la ciencia y sobre todo la virtud, sino inmolando su personalidad? ¿Quién es mas grande entre nosotros, si no el que mejor triunfa de sí mismo?

La resignacion y el trabajo son las leyes de nuestro destino: *in laboribus comedes.*

No estrañeis, señores, que concluya con una palabra de los libros santos, pues aunque admiro el poder de la razon, que sujetando á su exámen toda la naturaleza, guia en el camino de la perfeccion á la humanidad, reconozco tambien que, débiles como son nuestras facultades, cuando quiere ver la verdad en una admirable síntesis, tiene que hacer

el sacrificio de sí misma sometiendo sus ojos á la venda de la fé.

No de otro modo el astrónomo, luego que amanece, empaña para contemplar el sól el claro lente con que observó los demás astros durante la noche, seguro de que si no lo hace, lejos de poder examinarlo, solo conseguirá que sus ojos se deslumbren y cieguen.

Llamado á una honra que no me pertenecia y sí al digno Ministro mi antecesor que se sienta entre vosotros, al inaugurar esta elevada institucion científica me consideraré dichoso si he pódido indicar el pensamiento que ha presidido á su creacion, y mas dichoso todavía si correspondiendo los resultados á las esperanzas que se fundan en vuestras altas dotes, presto un importante servicio á mi patria cuando, llenando los deberes de mi cargo, «declaro en nombre de S. M. la Reina Doña Isabel II legalmente constituida la Real Academia de Ciencias morales y políticas.»

CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE PIDAL,

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA.

Señores:

La Academia de Ciencias morales y políticas, que comienza á existir legalmente desde este momento en que S. M. la Reina, por boca de uno de sus Ministros, la declara constituida é instalada, cree, y en esto seguro estoy de ser su verdadero intérprete, que su primer deber es tributar el homenaje de su mas profunda gratitud á S. M. la Reina, que guiada por los nobles instintos de su corazon, y por las mas elevadas miras de bien público, ha fundado por su Real decreto de 30 de Setiembre del año anterior esta Academia, y abierto un nuevo asilo á la ciencia y al saber.

Justo será tambien agradecer debidamente al Sr. Ministro, á quien contesto y que nos acaba de comunicar las órdenes de S. M., la manera digna y benévola con que lo ha hecho, y las sentidas y graves palabras con que ensalzando la importancia de la Academia, é invocando la ilustracion y el saber de sus individuos, reclama su cooperacion y auxilio para librar á nuestra patria de los peligros á que pudieran arrastrarla errores funestísimos que solo la ciencia puede desvanecer y disipar. Y no seré yo, aunque tenga que sobreponerme á ciertas consideraciones, el que deje de seguir el ejemplo del Sr. Ministro á quien respondo, olvidando en este solemne

acto la memoria de su ilustrado antecesor, que se sienta entre nosotros y que con tanto celo é interés promovió y llevó á cabo la ereccion de esta Academia.

Cumplido ya este grato deber á nombre de la corporacion, séame lícito asociarme á las fundadas esperanzas del Gobierno de S. M, esperando confiadamente tambien que una reunion donde vemos tantas personas, ilustres ya por la ciencia y por todo género de conocimientos teóricos y prácticos adquiridos en una larga y dilatada carrera de estudios y servicios, sabrá corresponder dignamente á los altos fines á que está llamada.

Y digo, señores, altos fines, pues aunque pocos me aventajan en reconocer la importancia y la trascendencia de los trabajos académicos que tienen por objeto perfeccionar y fijar nuestra hermosa lengua, ilustrar la historia nacional, agrandar el dominio de las ciencias naturales y aliviar las dolencias de la humanidad; todavía, señores, hay un ancho y dilatado campo en que puede ejercer su actividad la inteligencia humana en tareas de un órden superior. Las ciencias morales y políticas, tomadas en su mayor extension, son el más necesario é importante complemento de este gran todo que llamamos ciencia, y que es la guia de la humanidad en su peregrinacion sobre la tierra.

Aun circunscribiendo estas ciencias á su parte superior y elevada, objeto de los trabajos académicos, nadie ha podido nunca desconocer su grande importancia, ni aun en los tiempos en que, por causas accidentales y mal apreciadas, se las miraba con la mayor desconfianza y recelo. ¿Y cómo pudiera ser otra cosa? Los estudios á que debe entregarse la Academia; los que tiene el deber de proteger y alentar, abrazan cuanto en moral, en filosofía, en legislacion, en economía política, en administracion y en historia general tiene por objeto al hombre, ya considerado en sus relaciones individuales, ya como parte del cuerpo social. El objeto de estos

estudios es indagar constantemente cuanto pueda contribuir á mejorar nuestras leyes é instituciones, á desvanecer errores peligrosos, á doctrinar las clases menos ilustradas, á inspirarles el sentimiento del deber, el amor al órden, el respeto á la autoridad, y cuanto, en fin, pueda conducir á mejorar su condicion y á enaltecer su carácter moral.

Pero si este seria el fin práctico, este el encargo de la Academia en tiempos bonancibles y normales, hoy, señores, debe ensanchar la esfera de su accion, redoblar su actividad, y siguiendo las excitaciones que acabamos de escuchar, consagrarse con ardor y constancia á la defensa de la sociedad amenazada en los fundamentos mismos sobre que descansa.

El sofisma y el falso saber, como para castigar el orgullo de la razon humana y de la presuntuosa edad en que vivimos, han logrado acreditar y difundir, principalmente entre una parte de las masas populares, errores y doctrinas de que se avergonzarian los siglos mas bárbaros y groseros; han negado las verdades mas evidentes é importantes; han propalado los principios mas mortíferos y disolventes, y han creado á la sociedad un verdadero é inminente peligro.

En medio del portentoso desarrollo material que presenciamos, la duda y el escepticismo, el falso saber y las malas pasiones van formando un inmenso vacío en el órden moral. Los maravillosos adelantos de las artes, los sorprendentes descubrimientos y aplicaciones de las ciencias, los milagros del vapor y de la electricidad, el crecimiento de la riqueza y del bienestar material encubren un mal interior que nos inquieta y altera: sentimos que caminamos sobre un suelo minado y que en la mas inesperada coyuntura una violenta erupcion puede venir á trastornar y á convertir en ruinas este magnífico aparato.

Mientras la inteligencia humana mide osada los espacios celestes y señala las leyes con que han de moverse en sus órbitas los astros y planetas; mientras escudriña y averigua los

misteriosos arcanos que encierran las entrañas mas profundas de la tierra; mientras suprime las distancias y trasmite sus pensamientos á las regiones mas remotas con la celeridad del rayo; mientras se eleva, en fin, en el órden material y físico de una manera tan portentosa, retrocede en cierto modo en el órden moral hasta la infancia de las sociedades, hasta los primeros ensayos de la primitiva inexperiencia; y las ciencias morales y políticas, en vez de elevarse á la par de las físicas y de aumentar el depósito del saber que en esta parte nos han legado las generaciones pasadas, tienen que retrogradar á la demostracion de los temas mas elementales, tienen que consagrarse á defender no solo la organizacion religiosa, política y social que ha elevado á la Europa sobre todas las naciones del mundo, sino ¡oh mengua! hasta la propiedad y la familia. ¡Qué contraste, señores, qué fenómeno tan digno de meditacion y de estudio!

No me cansaré de repetirlo, señores; las ciencias físicas, que se habian estacionado durante muchos siglos, entretenidas en infundadas hipótesis y vanas abstracciones, tomaron un grande incremento desde que siguieron el camino opuesto, desde que se hicieron prácticas y experimentales. Estudiando los hechos naturales, observándolos con detenimiento y esmero, no perdiéndolos jamás de vista en sus tareas y reproduciéndolos una y otra vez cuando era posible, descubrieron sucesivamente las verdaderas leyes del mundo material y sensible y pudieron con seguridad arribar á la portentosa altura en que hoy las vemos colocadas. ¿Por qué fatalidad, señores, casi al mismo tiempo que se verificaba esta tan provechosa mudanza en el estudio de las ciencias naturales, las morales y políticas comenzaron á tomar el rumbo opuesto, á entregarse á vanas y nunca ensayadas teorías y á perder de vista los hechos, las lecciones, los adelantos de la humanidad en su larga y dilatada carrera?.... Espíritus frívolos y presuntuosos, al ver los irremediables males de la sociedad,

prometieron inconsideradamente su total remedio; despreciaron para ello las lecciones de la experiencia; se burlaron de los preceptos de la antigua sabiduría; condenaron la historia, como si para regir á la humanidad no fuese preciso conocerla en su vida y vicisitudes, en sus ensayos y tentativas, en sus aciertos y hasta en sus errores, y sobrepusieron los caprichosos dictámenes de la razon individual, siempre apasionada y flaca, á los severos y seguros fallos de la experiencia, y á las conquistas intelectuales de la humanidad: rompieron la cadena tradicional de la sabiduría, y sustituyeron en cambio sus sueños y sus delirios. Todo lo condenaron, todo lo ridiculizaron, religion, gobierno, instituciones, leyes y costumbres; todo era necesario reformarlo, hacerlo de nuevo y amoldarlo á la traza que la nueva escuela de sábios se habia ido forjando en su orgullosa fantasía. Pero llegó la hora, desgraciadamente de ensayar estas vanas quimeras, y no necesito yo recordar el abismo en que se hundió la sociedad, los crímenes, los horrores que surgieron repentinamente de aquel intento. La historia lo ha registrado todo en sus anales, para escarmiento de los pueblos, para escarmiento de los gobiernos, y para escarmiento de los mismos novadores, si de escarmiento fuesen capaces.

Tal fué entonces, señores, el resultado de abandonar el saber tradicional; de intentar sanar en un dia los males de la sociedad con la realizacion de vanas y peligrosas utopias, y de pretender para ello destruir los fundamentos sobre que descansa. Y no podia ser otro el resultado de semejantes exajeraciones: la humanidad, en aquellas verdades que diariamente le interesan, no puede equivocarse radicalmente, y durante mucho tiempo; las consecuencias cotidianas le advierten su error y los inconvenientes de él, y los enmienda y corrige sucesivamente. La razon humana puede equivocarse indefinidamente sobre una verdad científica; creer que la tierra es llana y que el sol y los astros se mueven en torno de ella; pero so-

bre las nociones fundamentales de la moral, sobre la familia, sobre la propiedad, sobre todas las demas instituciones que en todos tiempos y paises ha adoptado como base de su régimen y estabilidad bajo una ú otra forma, la duracion del error es casi imposible.

La humanidad en sus adelantos morales camina siempre, pero camina á paso lento: esta es su ley, esta es su índole. Cuando se quiere forzarla, violentarla, lo que se consigue generalmente es producir escándalos y perturbaciones, y con frecuencia crímenes y derramamientos de sangre: la sociedad entonces en vez de adelantar, se detiene y retrocede para repararse, y pierde un tiempo precioso. La historia entera está ahí para acreditar esta importante verdad.

En lo moral, como en lo físico, nada se hace bien haciéndolo violentamente; nada violento es durable, dice el axioma; nada es durable tampoco, sino lo que lenta y pausadamente se funda y se establece: lo que en un momento se crea, desaparece en otro momento. Esta es la ley general, repito, en lo moral como en lo físico: la caña que se eleva en pocos meses, es frágil, y el menor golpe de viento la abate y despedaza; la encina que tarda siglos en llegar á su completo crecimiento, resiste á las tempestades, y proteje con su sombra á una larga série de generaciones.

De estos principios y consideraciones generales, y del terrible escarmiento de los errores pasados, ha nacido, señores, la «Escuela histórica,» la que sostiene que las instituciones que cada pueblo se ha ido formando en el desarrollo natural y espontáneo de los elementos que le constituyen en el curso lento y progresivo de su vida política y social, son las que deben creerse mas apropiadas á su índole peculiar, á su mejor direccion y gobierno; son las que no pueden desconocerse por un vértigo momentáneo del legislador, sin lanzar á la sociedad á los mayores peligros y trastornos.

No se niegan los ilustres sábios y hombres de gobierno

afiliados en esta escuela á favorecer los adelantos naturales y lógicos de la sociedad en todos los ramos que la dirijen y gobiernan; al contrario, su fin práctico es despojar á las instituciones históricas y tradicionales de los adherentes que muchas veces las desnaturalizan y desvirtuan; completarlas con el conveniente desarrollo y reformarlas segun las necesidades de los tiempos; pero sin llegar á lo vivo de la institucion, sin alterar su esencia, sin que se sobreponga la voluntad momentánea é individual del legislador á la constante voluntad y al espíritu propio y peculiar de la sociedad que gobierna: voluntad y espíritu patentizados de un modo evidente y claro, no en las aclamaciones tumultuosas de un momento de entusiasmo ó de delirio, sino en todas las manifestaciones exteriores y espontáneas de su actividad y de su inteligencia en una dilatada carrera de siglos, de ensayos y de tentativas.

Yo no sé, señores, si las doctrinas de esta célebre escuela que cada dia se despoja de algunos resabios de reaccion que al principio llevaba en su seno, deberán tener la universal aplicacion que sus adeptos pretenden; pero contrayéndonos á las naciones europeas para las cuales principalmente escribieron aquellos sábios, apenas puede caber duda de que sus doctrinas son la mejor y mas segura guia para no extraviarse, para no lanzar á las sociedades en el aventurado y peligroso sendero de las innovaciones radicales, que tantos males y tantos trastornos suelen producir.

En los primeros y primitivos elementos constitutivos de las sociedades europeas, formadas de la mezcla de la civilizacion romana y de la civilizacion germánica, fundidas en uno bajo la benéfica influencia del cristianismo, se hallan ya, señores, los gérmenes de la grandeza y de la superioridad del espíritu europeo. ¿Cuál es la idea fecunda, cuál la institucion salvadora, cuál la aspiracion legítima que, si con atencion lo observamos, no se percibe ya en la primera formacion de estas sociedades, apenas empiezan á divisarse en medio de las con-

vulsiones y trastornos en que gemía la Europa, en medio del inmenso caos político y moral en que comenzaron á existir? Los romanos las dotaron con su sábia legislacion civil y administrativa; los germanos con el espíritu de libertad política que en su ruda constitucion trajeron de sus bosques y selvas primitivas, y el cristianismo, además de sus verdades eternas sobre la vida futura, y de su purísima moral, con la alta idea y nocion de la dignidad del hombre y de su igualdad ante Dios y ante su reflejo, la Justicia; y con el dogma sagrado del libre albedrío de la voluntad humana defendido siempre por la Iglesia Católica contra toda clase de errores y de adversarios.

En medio de estas sociedades nace, como fruto natural y espontáneo, la Monarquía hereditaria moderna, moderada por la religion, moderada por las leyes y por el espíritu de libertad política que presidió á la formacion de todas ellas. En su seno toman tambien forma cierta, y determinada consistencia y vigor las asambleas nacionales, que coetáneas á la Monarquía, la acompañan constantemente en todos sus trances y vicisitudes, y la rodean de cuanto hay de mas elevado en la sociedad, segun la diversa índole de los países y de los tiempos, y crean el gobierno representativo que conocemos, y que ¡ojalá nunca se hubiese separado de su forma tradicional é histórica! Las ciencias y las artes brotan espontáneamente en el suelo privilegiado y fecundo de estas sociedades, desaparece en ellas la antigua esclavitud, se realza el carácter moral de sus individuos, y se crea, en fin, esta grande asociacion de naciones, esta república de pueblos á que se dió el exacto y significativo nombre de *Cristiandad.*

El mundo conocido viene entonces estrecho al vigor y á la fuerza espansiva de estas sociedades privilegiadas, y el espíritu europeo, el espíritu de la cristiandad se dilata y extiende por todos los ámbitos del mundo. En esta gloriosa propaganda toman el primer lugar los habitantes de nuestra Pe-

nínsula, que marchando impávidos «por mares nunca de antes navegados,» unos al Oriente, otros al Occidente, doblan el circuito de la tierra y van á encontrarse con admiracion y asombro general en las regiones mas remotas, descubriendo, civilizando y asociando á la cristiandad un Nuevo Mundo. Las demas naciones europeas siguen felizmente el impulso dado, y llevando por todas partes su civilizacion y su cultura, agrandan mas y mas los dominios del génio europeo, los ámbitos de la cristiandad, tal como hoy se halla constituida. Trazad ahora, señores, los límites y confines de esta gran asociacion de pueblos y habreis trazado los límites y los confines de la cultura, de la fuerza, de la elevacion moral y de la mas reconocida superioridad, en fin, sobre todas las demas naciones y pueblcs del Mundo.

¿Puede darse, señores, mayor demostracion, prueba mas convincente de la solidez y bondad de los principios sobre que descansa la sociedad europea, la sociedad que tan temeraria y criminalmente tratan de destruir los nuevos apóstoles del comunismo y del socialismo, los enemigos de la familia y de la propiedad? Porque, notadlo bien, señores, la constitucion de la propiedad y de la familia es el rasgo que mas caracteriza y distingue á la sociedad europea: en ninguna civilizacion antigua ni moderna estuvieron mas desenvueltos ni mas afianzados estos dos grandes elementos. La familia, producto primordial de la naturaleza misma del hombre; pero debilitado por la poligamia, por el despotismo doméstico, por la instabilidad de los enlaces y por la esclavitud de la mujer, es sin disputa el elemento mas poderoso de la superioridad europea en el desarrollo que dió á este gran principio la Iglesia Católica, fundándola sobre indestructibles bases de duracion, de benevolencia y de razonable libertad en una larga lucha contra todos los malos instintos y contra toda clase de errores y pasiones: la propiedad, á que se ha querido dar el nombre de *robo*, como si pudiese existir este aten-

tado sin que la propiedad fuese ya un hecho y un derecho; la propiedad, señores, fué y ha sido siempre en las sociedades cristianas otro de los elementos de su consistencia, de su elevacion y de su superioridad. Suprimid la propiedad, y hareis retrogradar á la sociedad al estado nómade y salvaje; debilitadla siquiera, y paralizareis el móvil principal de la actividad humana.

Es esta una verdad de simple intuicion, de sentimiento, de aquellas que se debilitan al querer demostrarlas. La ciencia, los esfuerzos de los sábios solo se han dirigido últimamente en sus laudables tareas á deshacer los artificios del sofisma, á desvanecer las ilusiones del interés personal y á demostrar á los que pudieran verse halagados por tan funestos errores, que ellos serian las primeras víctimas de tan insensatas doctrinas, si algun dia tuviesen aplicacion al gobierno de los pueblos. Este es ciertamente un sentimiento universal del género humano, pero mas desarrollado, mas desenvuelto y afianzado en las sociedades cristianas. Las leyes religiosas miran en ellas los atentados contra la propiedad como un pecado que solo la restitucion puede borrar; las civiles como un crímen merecedor de los mas severos castigos; la opinion como la mayor deshonra é infamia en que el hombre pueda incurrir. La Europa, en su progresiva perfeccion, ha ido siempre y sucesivamente purificando el principio de la propiedad de prácticas y errores abusivos que le debilitaban en algunos casos: el cultivador solariego pudo ser dueño absoluto de las tierras adquiridas por sus afanes, la confiscacion fué borrada de todas las leyes, y en las constituciones modernas se consignó como uno de los mas importantes derechos el *sagrado* derecho de propiedad, que no se han contentado los legisladores con menos significativa calificacion. Y ¡ojalá, señores, que no se hubiera debilitado nunca esta veneracion, este respeto á toda clase de propiedades, cometiendo el inmenso y trascendental error de atacar en mas ó en menos algunas de ellas! Ninguna

precaucion es en este punto bastante. El menor agravio de los unos, alarma á todos los demás, que ven en ello peligros que nada puede completamente calmar; y no sin razon, señores.

«Nam nostra res agitur, paries cum proximus ardet.»

Pues si tal es, señores, la índole de los principios que vienen rigiendo las sociedades europeas, si siguiendo el curso natural de su desenvolvimiento se ha llegado al magnífico resultado que acabo de indicar, ¿por qué especie de vértigo y de locura se quiere entonces desviar á estas sociedades de su curso natural, progresivo y espontáneo? ¿Por qué se pretende violentarlas y forzarlas á que tomen otros nuevos y desconocidos senderos? ¿Por qué llevarlas al precipicio, al despeñadero, al abismo?

Pero no debo ocultarlo, señores: no falta quien haya querido negar estas importantes verdades; no falta quien haya querido atribuir los grandes adelantos de las sociedades europeas precisamente á los esfuerzos de los novadores y á los mismos trastornos producidos en los siglos anteriores por sus atrevidas concepciones. Y sin embargo, no hay nada mas falso á los ojos de la razon, á los ojos de la Historia. La Europa ha adelantado, no por efecto de aquellos grandes cataclismos, sino á despecho de ellos; no por las fuerzas destructoras de los errores que los produjeron, sino por las fuerzas resistentes y conservadoras que se desplegaron en la sociedad, que despues de detenerse en su marcha progresiva, de hacer alto para defenderse y de perder en ello un tiempo irreparable, prosiguió luego su natural camino con el mayor vigor y fuerza adquiridos en los trances y vicisitudes de la misma lucha.

La llamada Reforma protestante en el siglo XVI, que rompió la magnífica unidad de la Iglesia Católica; que introdujo la discordia en el seno de la Cristiandad; que para justificar lo inaudito de sus doctrinas erigió á la razon individual en

juez único de la interpretacion é inteligencia de las verdades mas elevadas contenidas en los libros sagrados; que, en cuanto estuvo de su parte, destruyó toda autoridad, toda tradicion, toda regla, toda creencia comun, pulverizando la Iglesia que propalaba querer reformar; la Reforma que armó á las innumerables sectas que en confuso tropel brotaron de su seno las unas contra las otras y contra la Iglesia Católica, haciendo derramar torrentes de sangre en los combates, en los cadalsos y en las conmociones populares; la Reforma, que detuvo el gran vuelo que el espíritu europeo habia tomado con los inmortales descubrimientos del siglo décimoquinto, con el renacimiento del estudio de la sábia antigüedad, y con el brillo y explendor de las artes y de las ciencias en aquel siglo á que dió su nombre el ilustre Leon X, es decir, el mismo Sumo Pontífice, cabeza de la Iglesia Católica; la Reforma, en fin, que no siendo mas que una protesta contra lo existente, una mera negacion, no pudo llegar nunca á formar un cuerpo de doctrina positiva y estable; la Reforma, señores, ha sido presentada por algunos escritores inconsiderados como la principal, sino la única causa de los adelantos científicos, políticos y sociales que enaltecen hoy á la Europa.

No hace apenas medio siglo que una Academia como la que hoy se inaugura premió la *Memoria* de un escritor que se decia católico, en que se ensalzaban á las nubes los ventajosos resultados de aquel inmenso trastorno, con una exageracion tal, que desagradó á los mismos protestantes de entendimiento elevado y de juicio recto é imparcial. Escusado es decir que este escritor laureado y los de su escuela, para defender tan estraña tésis, tuvieron que falsificar toda la Historia. Supusieron que antes de la aparicion de Lutero reinaba por todas partes la mas crasa ignorancia: que era ninguno el conocimiento de la docta antigüedad, de las lenguas sábias y de toda filosofía que no fuese la de Aristóteles, y que todos los adelantos con que indudablemente brilló el siglo décimo-

sexto se debieron al impulso comunicado á la razon humana por aquel acontecimiento y en especial á los esfuerzos de los promovedores y defensores de la Reforma.

Pero, ¿á quién es desconocida hoy la completa falsedad de aquellas suposiciones? ¿Hoy, que la crítica histórica y literaria ha desvanecido las preocupaciones, las vulgaridades, los delirios y el falso saber que tanta boga alcanzaron en el pasado siglo: hoy, que la Historia, aun la escrita por los mismos protestantes, ha puesto en claro la verdad de los hechos y disipado la calculada oscuridad en que se habian querido envolver los grandes sucesos que precedieron, acompañaron y siguieron á la Reforma?

Prescindiendo de los grandes adelantos de la sociedad y de la inteligencia humana en los siglos anteriores, guiadas por la luz de las verdades cristianas, fijémonos, señores, en el siglo que precedió á la Reforma, en el siglo décimoquinto. En él se descubre la pólvora, que tanto predominio dió á la inteligencia sobre la fuerza bruta; en él se inventa la imprenta, que vulgariza el saber y le hace patrimonio de todas las condiciones; en él se duplican los ámbitos del mundo conocido con los descubrimientos civilizadores de los habitantes de nuestra Península, abriendo á la navegacion, al comercio, al estudio de las ciencias naturales y morales un inmenso y desconocido campo; en él toman consistencia y estabilidad las sociedades europeas, saliendo de las trabas y embarazos del régimen feudal; y en él, por último, las ciencias y las artes llegan á la altura que tanto admiramos en los escritos y en los monumentos que de aquella edad nos han quedado.

¿Es posible, señores, que en medio de estos descubrimientos portentosos y de estos grandes adelantos la inteligencia humana necesitase de la excitacion del monje aleman y del influjo de su malhadada y peligrosa tésis sobre la Justificacion, para tomar vuelo y elevarse á las alturas de la ciencia y del saber á que la vimos remontarse en el siglo décimosexto

y en los posteriores? Si la Historia entera nos faltase, todavía semejante aserto nos pareceria increible y absurdo. Pero cuando no es desconocido á nadie el movimiento universal hácia las ciencias que rápidamente se propagaba de pueblo á pueblo, con especialidad en el Mediodía de la Europa; cuando nos consta la existencia de Cosme y de Lorenzo de Médicis, insignes promovedores de la restauracion de las letras y de las artes en Italia; cuando recordamos que bajo su influencia protectora Florencia se convirtió en una nueva Atenas, donde buscaban asilo los artistas y los sábios y donde se acogieron como á natural refugio los fugitivos de Constantinopla; cuando se presentan á nuestra memoria los nombres ilustres de Francisco Petrarca, Angelo Policiano, Marsilio Ficino, Leonardo Aretino y Pico de la Mirándola, que tanto contribuyeron con sus tareas, con sus investigaciones y escritos al estudio é inteligencia de la docta antigüedad; cuando se aparece á nuestra imaginacion el ilustre y ya mencionado Papa Leon X, que rodeándose de todos los sábios y hombres ilustres de su tiempo, brilla al frente de todos ellos, los dirige, los alienta y los protege, y alcanza como merecida recompensa dar su nombre á aquel siglo, por excelencia científico y artístico; cuando recordamos que en aquella edad escribian latin Pontano y Sanazaro, Vida y Flaminio, Bembo y Sadoleto, é italiano Machiavello y Guiciardino, Boiardo y Ariosto; que pintaban Leonardo Vinci y Miguel Angel, Rafael y Julio Romano; que edificaban Brunelléschi y Bramante, y esculpian Gioberti, Donatello y Miguel Angel; cuando en nuestra patria se ideaba y se llevaba á cabo la gigantesca empresa literaria de la publicacion de la famosa *Biblia políglota de Alcalá*, que tanto saber suponia ya en las ciencias eclesiásticas y en las lenguas orientales; cuando en todas las demás naciones se desarrollaba con un ímpetu incontrastable el amor á las ciencias y al saber, y producian hombres tan eminentes en erudicion y ciencia como Erasmo, ¿cómo se puede sostener con el empeño que se

ha sostenido que la Reforma fué la fuente de las ciencias y las artes, la restauradora del estudio de la docta antigüedad, de la filosofía y de las lenguas sábias? ¿Cómo tolerar que se quiera suponer que antes de la venida de Lutero y sus secuaces reinaban por todas partes las mas espesas tinieblas, la mas crasa ignorancia?

Yo bien sé, señores, que en la actualidad los protestantes ilustrados son los primeros en mirar con el desden que se merece esta vulgaridad, y que para hacer ver su ningun fundamento quizá no hay mejores demostraciones que las que fácilmente se deducen de los escritos históricos de los ilustres protestantes Roscoe, Ranke y Guizot; pero no por eso esta fábula ha dejado de ser tenida por una verdad inconcusa durante mucho tiempo, ni de ella se han dejado de sacar consecuencias igualmente erróneas y peligrosas. Siendo lo cierto, señores, que la Reforma atajó en vez de excitar los vuelos del espíritu humano, llevándole á las polémicas religiosas que absorbieron todas las inteligencias, como debia necesariamente suceder en aquella grande y universal contienda: así como absorbió por mucho tiempo casi toda la accion y actividad de las naciones europeas. Alemania se vió, á consecuencia de la Reforma, agitada y ensangrentada, dividida y tiranizada Inglaterra, y regadas con sangre las ciudades y los campos de la Francia. Solo España, donde no pudo penetrar la Reforma, debiendo á esta circunstancia la tranquilidad y el sosiego interior de que gozó en aquel turbulento período, pudo consagrar parte de su actividad á las grandes empresas en que estaba comprometida; y mientras en una lucha interminable sostenia con su robusto brazo á la Iglesia Católica, derrotaba á los turcos y hundia para siempre su prepotencia en Lepanto, descubria y civilizaba inmensas y dilatadas regiones, adonde llevaba su fé, sus leyes y su lengua, ensanchando la esfera de la civilizacion europea, y añadiendo á la cristiandad un mundo entero.

¡ Esfuerzos gigantescos, que probarán siempre á despecho de los enemigos de nuestras glorias cuánto hemos merecido de la humanidad y de la civilizacion ; y que aun hoy dia, despues de tantos trastornos y calamidades , acredita y atestigua la inmensa huella que ha dejado en el mundo nuestra preponderancia en el siglo xvi!

Y si el resultado de las exageraciones y violencias de la Reforma protestante fué detener la reforma pacífica y progresiva, hácia la que habia en la Iglesia una universal tendencia y en la que habian puesto ya las manos los Papas y los Concilios , y que despues llevó á cabo el gran sínodo de Trento ; ¿ quién puede desconocer que los desvaríos y las violencias de la revolucion francesa retardaron y retardan quizás todavía el establecimiento de la libertad política y civil, que fué su objeto y pretexto, retrocediendo la Europa, asustada con aquellos horrores, del camino de mejoras y reformas que habia emprendido tan resuelta y decididamente? ¿Quién no ha observado que la mayor herida hecha al régimen representativo moderno en que veiamos una equitativa transaccion entre todos los derechos, un feliz restablecimiento de las antiguas formas que habian prevalecido y nunca se habian olvidado en Europa, fué la que le hicieron los desmanes é innovaciones de 1848, las subversiones y trastornos que de ellos se derivaron?

Siempre será este, señores, el resultado de los cambios repentinos en el modo de existir de las sociedades , de la alteracion violenta de sus elementos constitutivos, y de no seguir en su desarrollo y progreso el camino que la naturaleza, la razon y la historia nos enseñan.

De esto tenemos un ejemplo irrecusable, insigne: la Inglaterra. La Inglaterra, señores, donde las instituciones políticas y sociales se han ido lenta y sucesivamente amoldando á las necesidades de los tiempos; donde nunca se ha roto sino por un corto espacio la cadena de sus instituciones políticas; donde

todo es tradicional, todo histórico, es hoy dia despues de tantos y tan repetidos ensayos, de tantas fascinadoras teorías y de tantos y tan aplaudidos sistemas, la nacion en que se goza de mayor suma de libertad política y civil; de mayor seguridad individual; y donde hay al mismo tiempo mas garantías de estabilidad y de duracion, y mas robustez y fuerza en el gobierno. Parece, señores, que la Providencia ha dejado en pié esta gran nacion para ejemplo y enseñanza en esta parte de las demas sociedades europeas; para hacer ver cuánto aprovecha, aun en medio de las revoluciones y de los trastornos de que por otras causas fué víctima aquel pueblo, el no abandonar las antiguas tradiciones, el no lanzar á la sociedad en nuevos y desconocidos senderos.

Y esta leccion, señores, que tan importante aparece, aun tratándose de menos peligrosas teorías, ¿qué no será cuando se refiera á los sueños y delirios del socialismo y del comunismo, al criminal proyecto de destruir la propiedad y la familia, y de convertir á la sociedad en un espantoso caos?

Yo bien sé, señores, que esto no lo conseguirán nunca los apóstoles del comunismo; que la sociedad se defenderá; que se desenvolverán en ella elementos desconocidos de resistencia y de fuerza; que lo que no puede ser, no será. Pero sino se acude á tiempo, si no se acude con vigor y decision al remedio, podrán sobrevenir cataclismos y luchas sangrientas, en las cuales, aunque al fin se venza, habrá mil desastres y calamidades que llorar; y podrán tal vez sobrevenir reacciones que hagan retroceder violentamente á la sociedad en su camino y que la espongan á nuevos y desconocidos peligros.

Para evitar estos males que nos amenazan, para atenuar los riesgos de la oculta y constante predicacion de las nuevas doctrinas del comunismo entre las clases menesterosas y poco ilustradas, mucho pueden auxiliar las ciencias, mucho los hombres de saber, mucho las Academias. En la nacion vecina, donde si se dan muy frecuentemente ejemplos de todo lo

malo y peligroso, se dan tambien de todo lo noble y elevado, ya hemos visto con qué ardor y decision han salido los sábios de los diferentes partidos á desvanecer los peligrosos sofismas de los novadores, á confundir con la fuerza de la verdad las insidiosas maquinaciones del error y de los malos instintos, y á hacer palpable la verdad á las clases menos inteligentes.

Los talentos mas privilegiados no creyeron rebajarse escribiendo en favor y defensa de los principios mas elementales, ni en publicar obras acomodadas en su método y estilo á los entendimientos mas vulgares. Que jamás es mas noble el empleo del saber que cuando se propone un fin provechoso á la generalidad y prescinde para ello de vanos aparatos. De esta manera lograron aquellos sábios desengañar á los hombres ilusos pero sencillos y de buena fé; auxiliar eficazmente á la autoridad y contribuir al triunfo de la sociedad sobre las hordas de los nuevos bárbaros que se ocultan en su seno y que espían el momento en que poder lanzarse á convertirla en ruinas y cenizas.

En este sentido juzgo yo, señores, que la Academia de Ciencias morales y políticas que acaba de instalarse, puede hacer tambien grandes servicios, y cooperar eficazmente á una de las principales miras que el Gobierno de S. M. se propuso al establecerla: y no creo equivocarme ofreciendo para ello la cooperacion unánime de todos sus individuos.